

JUBILEO DE LA VIDA CONSAGRADA

Parroquia de la Caridad, 2 de febrero del 2000

Queridos religiosos y religiosas, queridos hermanos y hermanas:

Ha brillado al comienzo de nuestra celebración la llama encendida de los cirios, símbolo delicado y universal de la ofrenda: los cirios se consumen para brillar.

Rememora así nuestra acción litúrgica la ofrenda ritual de María y José al presentar a Jesús niño en el templo. En verdad, ellos ofrecían a Dios su hijo primogénito, y los dones sustitutivos de dos tórtolas o dos pichones (ofrenda de pobres fue la de ellos) servían para rescatar figurativamente al pequeño que, como primer nacido, según la Ley sagrada, debía ser propiedad del Señor.

Más tarde, solo Dios Padre, obrando en su Hijo la maravilla de la resurrección, podría rescatar a Jesús para siempre de las sombras de la muerte, después de haber aceptado la ofrenda anonadante que Él había hecho en la Cruz por nosotros y por nuestra salvación.

Desde el amanecer de aquella primera Pascua, la luz de Cristo brilla indeficiente y penetra sin cesar las tinieblas del mundo.

En las manos de los seguidores de Cristo, los cirios encendidos, que se gastan en luz, adquieren un simbolismo superior. La luz irradiada por ellos es anuncio de Cristo, *«luz verdadera que ilumina a todo hombre»*.

Si somos dóciles al Espíritu Santo que viene a morar en nuestros corazones, como lo había sido toda su vida el anciano Simeón, descubriremos en Jesús, aun en su fragilidad de niño, o en el sometimiento abismal de la Cruz, la *«luz para alumbrar a las naciones»*. Sin olvidar que esa *«luz brilla en la tiniebla y la tiniebla no la recibió; algunos prefirieron la tiniebla a la luz»*. Jesús será una *«bandera discutida»*, con Él nos encontramos o tropezamos. *«Este está puesto para que muchos caigan y se levanten»*, dirá el sabio anciano que servía en el templo. Optar por o contra el Hijo de Dios marcará el paso por la tierra de aquel niño, que el profeta levanta entre sus manos y que un día, en plena madurez de vida, será alzado en la Cruz.

Esa es la espada amenazadora que María vislumbra y que le traspasará el alma. Ella lo debe saber y el anciano piadoso y fiel se lo anuncia. También la Iglesia sabe, en su experiencia bimilenaria, que el sufrir con Cristo y por Él la acompañará en su peregrinar a través de la historia. Lo sabe, ante todo, porque su Señor le enseñó que: *«el discípulo no es más que el maestro»*. La Iglesia, sin embargo, camina en la certeza de que Jesús *«pasó por la prueba del dolor y puede auxiliar ahora a los que pasan por ella»*.

Los que somos de Cristo podemos, gracias a Él, presentar a Dios la ofrenda como es debido, haciéndole al Padre entrega de nuestras vidas en unión con su Hijo, única y perfecta ofrenda, consumada en la Cruz, y admirablemente aceptada por Dios Padre. Cada Eucaristía hace actual la definitiva entrega de Jesús al Padre. En cada Eucaristía, Cristo está presente en perenne estado de ofrecimiento. La oblación eucarística nos invita sin cesar al don de nosotros mismos, y la comunión del cuerpo y la sangre de Cristo nos capacita en gracia para hacer a Dios entrega de nuestras vidas.

Este dinamismo oblacional es el culto perfecto que ofrece al Señor el pueblo sacerdotal de la Alianza Nueva. Los religiosos y religiosas ejercen de modo eminente el sacerdocio común del pueblo de Dios por la consagración de sus vidas a Cristo. Ningún día mejor que este, en que la Iglesia contempla a Jesús ofrecido en el Templo, para celebrar el jubileo de la vida religiosa, dando al cirio encendido que ustedes, queridos religiosos y religiosas, han portado en sus manos un tercer y particular simbolismo: el de la opción radical por Cristo, luz del mundo, haciéndole a Él ofrenda de sus vidas según los consejos evangélicos.

La consagración religiosa no pone al hombre o a la mujer consagrados en un estado de perfección que crearía como dos categorías de cristianos: los laicos, estado imperfecto, y los religiosos y religiosas, estado perfecto. El Evangelio exige de *todos* una respuesta radical y a *todos* se les ofrece la gracia para vivir en constante superación. El «*Sed perfectos como el Padre celestial es perfecto*» es una llamada de Jesús a todos sus discípulos. La perfección, tal y como la expone Mateo en el Sermón de la Montaña, es un «algo más» que Cristo le pide a su servidor. «*Se le dijo a los antiguos... pero yo les digo más...*» En estas palabras no debe interpretarse que haya unos «preceptos» impuestos para todos y unos «consejos» para los que deseen ser mejores. Ese no es el espíritu del Evangelio. En el episodio del joven rico y la respuesta de Cristo, según San Mateo, ser perfecto quiere decir observar la Ley, pero una ley renovada, transformada desde dentro por el amor de caridad. Esta perfección es para todo cristiano. De ahí la pregunta de los discípulos sobre la posibilidad de la salvación: «*entonces, ¿quién puede salvarse?*».

Jesús, en su celo por instaurar el reino de Dios, exige un «exceso», un «algo más» frente a la Ley de Moisés y al comportamiento meramente natural del ser humano. Ese «exceso» reclamado por Jesús es el amor ilimitado y desinteresado, como el del Padre misericordioso, que se extiende aun al enemigo. Dios, infinito en su bondad, nos pide un amor que supera toda medida. No parece aceptable reducir a un pequeño grupo de discípulos lo que se exige en el sermón de la montaña. Tampoco podría considerarse simplemente un «consejo» el conjunto de exigencias que Jesús propone con la intención de que sean aceptadas como verdaderos preceptos que deben ponerse en práctica.

Más bien debemos considerar que Jesús pasa de la formulación ética de preceptos y consejos a una proposición bien articulada de vida nueva en Cristo. Si el cristiano debe vivir según la ley interior de la gracia, que es ley del Espíritu que da vida, ley de amor filial y de libertad frente a leyes exteriores, como lo afirma San Pablo en su carta a los Romanos capítulo 8, de ahí se sigue que todo mandamiento es vivido no como impuesto, sino interiorizado y asumido por el cristiano en el amor. Los que eligen la vida según los consejos evangélicos y han podido seguirla con alegría es porque han dicho sí de modo absoluto a la Ley de gracia en que debe vivir todo cristiano. Cito ahora al P. Haring: «*Los consejos evangélicos no se limitan propiamente a la pobreza, castidad y obediencia consagradas por voto. Todo carisma de Dios es buena nueva y 'consejo'. ¿Podría ante esos dones decir jamás un amigo de Cristo: 'Tus dones no me obligan, Señor, te has olvidado hacérmelos un mandamiento'? Esto sería espíritu de esclavos*».

Todo cristiano debe vivir como hijo. El religioso y la religiosa viven su vocación filial entregándose rendidamente con Jesús en las manos del Padre. No es que cumplan algunos consejos por encima de los preceptos que son obligatorios para los cristianos laicos, es que viven todos los consejos evangélicos que Jesús nos propone de un

modo radical por la entrega de su vida a Cristo en el amor. Es una opción existencial total, que constituye una invitación a otros cristianos con distintos proyectos de vida a incorporarse decididamente a Cristo, según la Ley de gracia. Por esta razón, el Papa Juan Pablo II en repetidas ocasiones ha dado gracias a Dios por el don de la vida religiosa en la Iglesia. En esta celebración, yo invito a toda la Iglesia de La Habana a unirse a mí en esta acción de gracias por las manifestaciones concretas de la vida religiosa en nuestra Arquidiócesis, que nos enriquecen en nuestro continuo peregrinar.

Refiriéndose a los religiosos, el Concilio Vaticano II afirma en su constitución *Lumen Gentium*: «*la práctica de los consejos que, por el impulso del Espíritu Santo, muchos cristianos han abrazado... proporciona al mundo y debe proporcionarle un espléndido testimonio y ejemplo de santidad*» (L.G. 39).

Hacia la segunda mitad del siglo XX, la vida religiosa se propuso en gran número de órdenes, congregaciones e institutos vivir los consejos evangélicos haciendo una lectura predominantemente profética del Nuevo Testamento, especialmente de los Evangelios. Esta marcada acentuación del profetismo es tributaria del pensamiento teológico de los siglos posteriores a la Ilustración, que buscaron en la vida religiosa y sus distintas manifestaciones más bien la especificidad de sus diversos quehaceres y carismas propios en orden a la eficacia social y no el denominador común de su esencia misma.

Pero el estudio de los textos sagrados y la reflexión bíblica reciente nos hacen comprender cada vez mejor a Cristo y su mensaje en clave sapiencial.

En el Antiguo Testamento se reconocen tres fuerzas de influjo determinante en Israel. De ellas nace la Biblia. Son los sacerdotes, los profetas y los sabios. Los sacerdotes mantienen vivo el sentido de la alianza por el culto y la palabra y promueven la santidad en el pueblo. Los profetas recuerdan el monoteísmo, descubren el plan de Dios en la historia, intervienen autoritariamente en nombre de Dios para estimular a la conversión, anunciando el juicio y el castigo, y los sabios se sitúan en un plano existencial y humanístico como maestros del pueblo.

Estos últimos surgen en el reinado de David y de Salomón como expertos en todas las cuestiones. No pretenden resolver los problemas últimos de la existencia, sino enseñar a triunfar en la vida y a obtener la felicidad. Descubren en los vaivenes y vicisitudes de la historia del hombre la voluntad de Dios y humanizan la palabra divina para que pueda ser aplicada a la vida concreta de los hombres. A diferencia de los sacerdotes y los profetas, los sabios de Israel se dirigen al individuo, interpellándolo personalmente. Se expresan con el consejo fundado en la razón, por medio de proverbios, en sentencias populares y en parábolas.

En la Iniciación Bíblica de Robert leemos: «*El tono de los sabios, lejos de ser perentorio y vehemente, como en la ley y los profetas, es insinuante y moderado... hacen recomendaciones que se imponen al buen sentido*».

Los sabios apelan a la inteligencia, para ellos el castigo no es un golpe que viene dado desde fuera, enviado por Dios, sino el fruto de una mala decisión. Leemos en Proverbios 1, 30–31: «*Como no aceptaron mis avisos y despreciaron mis advertencias comerán el fruto de sus acciones y de sus propios planes quedarán hartos*».

Cómo no recordar las lamentaciones de Jesús que siguen a las bienaventuranzas en el Evangelio de San Lucas: *¡Ay de ustedes, los ricos, porque ya han recibido su*

propia paga! O sea, en el apego a las riquezas, que no pueden saciar, está la falsa opción que los dejará insatisfechos para siempre. Esta es una enseñanza típicamente sapiencial. Cristo tomó el estilo sapiencial para enseñar el arte de vivir mediante el consejo. El consejo adquiere así fuerza evangélica para interpelar a todo cristiano y a cualquier hombre o mujer. En Cristo se halla, pues, el cumplimiento de la Ley y de lo anunciado por los profetas y enseñado por los sacerdotes. Pero Él es, sobre todo, el coronamiento de la gran corriente de los sabios de Israel. Así se distingue de Juan el Bautista, que clama proféticamente en el desierto. Jesús proclama dichosos a los que no se escandalizan de Él, que obra personalmente, sanando a cada uno, acogiendo singularmente a cada pecador. Era manso y humilde y quería que los suyos aprendieran de él ese estilo. No vino a condenar al mundo, sino a salvarlo.

En el Nuevo Testamento, Cristo es identificado con la Sabiduría. Haciendo uso del Antiguo Testamento lo llaman: imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura, reflejo de la gloria de Dios, palabra encarnada. Cristo desarrollaba al mismo tiempo el oficio de legislador, profeta y taumaturgo, pero se presenta a sí mismo como el sabio más grande que el sabio más reconocido, por su pueblo: «*Vean, aquí hay uno que es más que Salomón*» (Mt 12, 42).

Su discurso es persuasivo, habla en parábolas, promete la felicidad y el éxito en orden al Reino: esas son las bienaventuranzas. Usa sentencias y comparaciones, resuelve enigmas. Como los sabios de Israel, Jesús trata a sus discípulos como amigos, hijos o comensales e invita a quienes se sienten bajo el peso de la Ley y de una observancia religiosa asfixiante, a aceptar su yugo suave y liberador. Dice Hans Kung: «*tenía, además, un declarado interés práctico y quería aconsejar y ayudar a los hombres*». Lo llamaban Maestro y, de hecho, es la primera palabra que un ser humano le dirige después de la resurrección, cuando María Magdalena lo descubre tras la apariencia de un jardinero. De otra parte, los seguidores de Jesús son llamados discípulos y tenían conciencia de serlo. En esta perspectiva se abre un horizonte nuevo para seguir los consejos evangélicos en la escuela de Jesús, «*consejero admirable*» (Js 9, 6) y maestro de sabiduría.

Siguiendo a este maestro, la radicalidad de la opción por Él se enriquece con la sublimidad de vivir no solo según sus consejos, sino también según su estilo. Esto trae implicaciones que comprometen la vida de quienes se consagran totalmente a este Maestro. En los consejos evangélicos *hay un tono de amistad*. Los consejos suponen una relación de intimidad entre la persona que los da y la que los recibe, entre Cristo maestro y su discípulo. Solo en un clima de comunión y donación, de relación profunda y definitiva se producirá una perfecta sintonía con Jesús. La vida de la persona consagrada se convertirá, así, en respuesta libre y alegre a Cristo.

En los consejos evangélicos *hay una personalización*. El discurso sapiencial de Cristo se dirige a cada uno y solicita su participación en la búsqueda de la sabiduría y del verdadero quehacer. A diferencia del carácter exigente del mandato, el religioso o la religiosa se pone así en actitud de comprender desde dentro, con una conciencia iluminada y responsable, la palabra que Jesús le dirige. Por último, en los consejos evangélicos *se procura el éxito del hombre o de la mujer*. Los consejos prometen alegría, dicha, vida eterna. Tienen un fin altamente humanístico. El triunfo y la felicidad en la vida se alcanzan mediante la entrada en el Reino de Dios. Pero el hombre para triunfar debe «perder su vida», para recuperarla después en el nuevo camino de salvación que el Maestro nos propone, con orientación radical hacia Dios y amor oblativo a los hermanos.

En el seguimiento de los grandes maestros de Israel o de Grecia, el contenido de la enseñanza y el estilo del Maestro están siempre entremezclados. Pero en el caso de Jesús, ambas realidades se funden en una y, si nosotros no llegamos a la intimidad con el Maestro, a aprender de Él, a su imitación, no podemos seguir sus consejos.

Una lectura exclusivamente profética del Evangelio violentaría su letra y su espíritu. Puede correrse el riesgo de tomar los consejos evangélicos como un nuevo conjunto de exigencias, parecidas a las cargas que los fariseos imponían al pueblo y de las cuales Cristo Jesús vino a liberarnos. El estilo de relación con Cristo Maestro: el tono de amistad, la personalización, y el reconocimiento de que el logro o el éxito de la vida está en su orientación hacia los valores del Reino que tienen a Cristo como centro y hacen que todo lo demás sea considerado «como basura», debe contribuir también un modo de crecer en la vida comunitaria y será la manera de estar presente como comunidad, y cada uno como persona, en medio del mundo como amigos, con relaciones muy personales, con una propuesta clara de un camino de felicidad para todos, que incluye el sacrificio y lo asume.

El profeta habla dentro de un mundo sacral, exige y amenaza, su estilo es extraño al mundo secularizado. Por otra parte, no es suficiente acompañar al hombre en sus angustias y solidarizarse con él, corriendo el riesgo de asemejarnos a él en sus quejas y aun en su rebeldía. Es necesario también anunciar a nuestros hermanos, con la palabra y, sobre todo, con nuestra vida, que hay otro camino, el que el Maestro nos dejó y ese camino es de paz, de amor, de alegría, de esperanza.

El que sigue el camino de la sabiduría con el estilo de Jesús está capacitado para hablar a un mundo plural; será un hombre o una mujer de diálogo con el mundo de la cultura, con otras confesiones cristianas y con otras religiones, con los agnósticos, con los ateos y con los indiferentes.

Serán así las personas consagradas testigos de la libertad, de la amistad y la alegría que Cristo vino a plantar en este mundo. Esta es una forma excelente e irremplazable de apostolado. Este es el modo auténtico de que se produzca un crecimiento vocacional. El hombre y la mujer de hoy necesitan una sabiduría que viene de lo alto y que los levante de su postración.

Queridos religiosos y religiosas: a ustedes, por el seguimiento de los consejos evangélicos con sublime radicalidad, Cristo les encarga ser el alma del mundo en la Iglesia, con sus demás hermanos y hermanas laicos, sacerdotes y obispos. Dice la *Gaudium et Spes*: «*Nuestra época, más que ninguna otra, tiene necesidad de esta sabiduría para humanizar los nuevos descubrimientos de la humanidad. El destino del mundo corre peligro si no se forman hombres más instruidos en esta sabiduría*» (GS 15).

Pero existe desproporción, y a veces contraste, entre la miope sabiduría humana y el misterioso y extraordinario plan de Dios para salvar al hombre. La verdadera sabiduría es un don que viene de lo alto: del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; por eso hay que implorar este don en la oración y hacerse pequeño y disponible como María para recibir esa gracia superior. Sabiduría y consejo están íntimamente unidos en la Biblia.

Pidamos todos en esta celebración del Jubileo de la vida religiosa en La Habana que el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, vivifique las mentes y corazones de todos los religiosos y religiosas de Cuba con sus dones de consejo y

sabiduría, porque lo necesitan en esta hora presente. La vida insípida de muchos hermanos nuestros espera que aquellos que debemos ser «sal de la tierra» (Mt 5, 13) le demos un nuevo sabor. Esta debe ser una acción personal y comunitaria de los consagrados a Dios.

Que la vida de ustedes, queridos hermanos y hermanas, sea «*una continuación del relato evangélico, una narración de la victoria de la esperanza, de la comunión, de la alegría y de la vida sobre la desesperación, sobre el aislamiento, sobre la tristeza y sobre la muerte*» (Stefano de Fiore). La luz de Cristo, que brilla en el cirio que hemos sostenido en nuestras manos, debe irradiarse a todas las naciones por el testimonio feliz de sus vidas, queridos religiosos y religiosas.

A la Virgen Madre confiamos la ofrenda de sus vidas (que hoy renuevan gozosos ante el Señor) para que María la presente al Padre junto con la ofrenda que hizo de su Hijo en el Templo y al pie de la Cruz. Puestos así como discípulas y discípulos de Cristo a su escuela de sabiduría, podrán acoger en lo íntimo de sus corazones las enseñanzas del Maestro sobre la mansedumbre, la pobreza, la obediencia a la voluntad del Padre, el valor de la virginidad y el celibato por el Reino de los cielos, el amor sin medida, el perdón de las ofensas, la reconciliación y tantos otros consejos evangélicos que deben conformar en ustedes esa vida nueva en Cristo que se han propuesto vivir con decisión y radicalidad por medio de su consagración al Señor. Con la docilidad al Espíritu Santo, podrán perseverar hasta el final en esa obra buena.

Así lo pido para todos ustedes, amados de Dios, en la oración eucarística.